

Extranjero en su "Propio" país : "Cacereño" de Raúl Guerra Garrido

Autor(en): **Kunz, Marco**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas**

Band (Jahr): **49 (2005)**

PDF erstellt am: **16.08.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-269579>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

EXTRANJERO EN SU «PROPIO» PAÍS: CACEREÑO DE RAÚL GUERRA GARRIDO*

Los migrantes españoles que en la época franquista vivían en el País Vasco se encontraban ante un dilema: fugitivos de la pobreza que asolaba las zonas rurales cuyo desarrollo quedaba frenado por la política agrícola del régimen dictatorial, habían llegado a una región altamente industrializada que los necesitaba como mano de obra barata, pero cuyos habitantes autóctonos, sometidos durante décadas a una férrea represión de su cultura y lengua vernáculas, los miraban con recelo no sólo como competidores en el mercado de trabajo, sino también como los peones de una presunta estrategia de castellanización y etnocidio. Dada la pertenencia de Euskadi al territorio del Estado español, los *coreanos*, *maquetos* o *cacereños*, como los vascos llamaban despectivamente a estos inmigrantes, se sentían objeto de una discriminación, a menudo sutil y camuflada, por parte de unos compatriotas reacios a serlo. En *Cacereño*¹ (1969), Raúl Guerra Garrido, madrileño residente en San Sebastián, noveló la experiencia de un obrero *maqueto* en Guipúzcoa, es decir, de un «inmigrante que procede de otra región española y no conoce ni habla vascuence» (DRAE, 22ª ed., 2001). El autor dejó bien claro que allí, pese a tratarse de una región del mismo país que consideraban su patria, los obreros oriundos de provincias no vascas eran emigrantes en un

* Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto de investigación *La migración en la literatura hispánica contemporánea*, patrocinado por el *Fonds National Suisse de la Recherche Scientifique* (FNRS), n.º 1214-061990.

¹ Citaré siempre por la edición de Barcelona, Círculo de Lectores, 1973. A menudo se indica 1970 como año de la primera edición de *Cacereño*, p. ej. también en la página web del autor (www.guerragarrido.com). Sin embargo, el *copyright* es de 1969, y en los últimos días de este año se publicaron las primeras reseñas (de J. Acosta Montoro, en *El Diario Vasco*, 28-12-1969, y L. Horno Liria, en *El Heraldo de Aragón*, 30-12-1969).

entorno que a veces los marginaba casi tanto como si hubieran estado en el extranjero. Guerra Garrido conocía bien el ambiente que describía, porque él mismo fue «un emigrante más en el 60/61, pero en cierto modo un emigrante de lujo, puesto que venía con un título universitario bajo el brazo y siempre es más cómodo trabajar con una bata blanca en el laboratorio que con un buzo en el tajo»². *Cacereño* nació a partir de sus primeros años en su tierra de adopción, donde el doctor en Farmacia encontró empleo en la industria química y siderúrgica. En San Sebastián vivía en un barrio con muchos otros

«cacereños» llegados de Extremadura, de Galicia, de Andalucía, en la fábrica éramos los mismos, la trama obedece al proceso de migración interior y al difícil ejercicio de adaptarse al medio, de asimilarse sin perder la personalidad propia [...]»³.

Cacereño es la primera novela larga del autor donostiarra, y se inscribe todavía plenamente en la tradición del neorrealismo, como si los años 60 no hubieran aportado importantes propuestas de innovación de la novelística española, y adolece de la típica primacía del contenido sobre la forma y el lenguaje: «el furor ético del realismo social me hacía despreciar el estilo»⁴, comentó el autor veinte años después. En *Cacereño* se relatan cronológicamente episodios de la vida de un emigrante en San Sebastián y sus alrededores, episodios que reflejan, con diversos altibajos, las etapas sucesivas de un proceso completo de migración, desde la decisión de marcharse hasta la integración en el nuevo sitio. Los ambientes en que se mueve el protagonista (verbigracia el pueblo cacereño, diversos puestos de trabajo, el microcosmos de un barrio obrero, etc.) se describen mediante una estética realista sobria, aunque no objetivista, pues hay comentarios irónicos y valorativos del narrador

² Declaración del autor en Ángel Ortiz-Alfau, *Raúl Guerra Garrido*, San Sebastián, La Primitiva Casa Baroja, 1989, págs. 51-52.

³ *Ibidem*, pág. 68.

⁴ *Ibidem*, pág. 68.

heterodiegético y a menudo se enfocan los hechos desde el punto de vista del protagonista, que funciona así como personaje-reflector en muchos pasajes, sin que se abandone nunca la narración en tercera persona ni se usen técnicas sofisticadas de introspección. En novelas posteriores, Guerra Garrido volvió a tratar la problemática de Euskadi, ejemplificándola con las vivencias de personajes de condición social distinta: el empresario vasco Lizarraga aparece en *Cacereño* y también en *Lectura insólita de «El Capital»* (Premio Nadal 1976), y en *La carta* (1990) se cuenta la historia de un pequeño industrial castellano hablante angustiado por las extorsiones y amenazas por parte de los nacionalistas radicales. En cierto sentido, estas tres novelas forman una trilogía, ambientada parcialmente en el pueblo imaginario de Eibain, lugar que representa para el autor una especie de Macondo guipuzcoano. El proyecto narrativo de Guerra Garrido consistía en contar la realidad del País Vasco «desde lo que Unamuno llama la intrahistoria, la cotidianidad. Lo que no aparece en los libros de Historia con mayúscula, ni llegará a las noticias de primera plana»⁵. Dentro de las limitaciones de su estética, *Cacereño* es un ejemplo relativamente logrado de lo que Javier Atienza definió como realismo urbano industrial⁶, amén de una de las novelas españolas más interesantes sobre la emigración.

De Cáceres a San Sebastián: la atracción del norte

Desde la perspectiva actual, lo más llamativo de *Cacereño* son las numerosas analogías que se pueden descubrir entre la presentación de la situación de estos migrantes en su propio país, por un lado, y la de los que se marcharon a Alemania, Francia, etc., como también con la inmigración actual: aparecen los mismos prejuicios, los mismos

⁵ Declaración del autor en una entrevista con Andrés Padilla: «Raúl Guerra Garrido. "Ha costado mucho despojar a ETA de un cierto halo romántico"», *El País: Babelia*, 480, 3-2-2001, pág. 12.

⁶ Javier Atienza, «Guerra Garrido: el realismo urbano industrial», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 395, 1983 mayo, págs. 430-441.

mecanismos de exclusión, y un pluralismo *de facto* se opone tanto a la mentalidad cerrada de un nacionalismo vasco exclusivista como al dogma de la España «una, libre, grande» que propagaba el régimen franquista. Sin embargo, este régimen –y esto es uno de los mayores fallos de *Cacereño*, debido probablemente a las concesiones que el posibilismo obligaba a hacer al tratar un tema tan delicado⁷– ni siquiera se menciona en la novela, como tampoco se tematiza la colonización cultural y lingüística de las provincias vascas por el centralismo castellano, de modo que la crítica de las pretensiones y la xenofobia de una parte de los vascos parece bastante unilateral, ya que escamotea por completo las razones históricas del conflicto y calla la represión política y la persecución del euskera durante la dictadura, omitiendo así estos factores agravantes de la hostilidad de una parte de los euskaldunes hacia los españoles de otras provincias⁸. La trama de *Cacereño* se desarrolla en los años 60, cuando el relajamiento de la aplicación de las leyes represivas y de la censura hicieron posible un nuevo auge del empleo público y la enseñanza de la lengua euskera, lo que creó un clima de fervor del nacionalismo vasco que también se refleja en la novela de Guerra Garrido. En este estudio, comentaré *Cacereño* ante todo como una ficción narrativa sobre la emigración y sus problemas (verbigracia el contacto de lenguas, los prejuicios, la discriminación de los forasteros, etc.). Creo que no me incumbe discutir la legitimidad de las reivindicaciones vascas, ni tampoco viví en Euskadi en la época narrada y, por

⁷ No cabe duda de la actitud antifranquista del autor, y éste dijo que los censores hicieron algunos «breves tachones que hoy también hacen gracia, se suprimieron párrafos como “un señor con cara de falangista”, “gora ETA”, “cortando cojones se aprende a capar”, etc., nada esencial» en Ángel Ortiz-Alfau, *op. cit.*, pág. 69.

⁸ No digo que habría sido posible escribir abiertamente sobre estos temas, puesto que, para poder publicar en la época franquista, los autores tenían que desarrollar estrategias de escritura que permitían una lectura entre líneas. Ahora bien, para el lector actual, no sólo resulta difícil o incluso imposible comprender las sutilezas de este código, sino que la apreciación de un libro de la época no puede depender de lo que era posible entonces, sino que se debería fundar en el atractivo que el texto ha conservado a pesar de las concesiones que se hicieron a la censura.

consiguiente, no puedo pronunciarme sobre la adecuación de la descripción de los hechos sociales e históricos: me contentaré con reflexionar sobre la presentación de ciertos fenómenos que, haciendo abstracción de la especificidad vasca que los caracteriza en la novela, considero típicos de la realidad y el imaginario de las migraciones humanas.

El protagonista, José Bajo Fernández, alias Pepe, representa al cacereño por excelencia, tanto por su condición social (que su primer apellido, Bajo, expresa claramente) como por su procedencia. Nativo de Torrecasar, Pepe es un cacereño de Cáceres, y decirlo así no es un pleonasma, puesto que el término *cacereño*, igual que *murciano* en Cataluña, engloba a todos los inmigrantes del sur, no sólo a los que, como el protagonista, vienen realmente de la provincia de Cáceres, una de las más pobres de España⁹. Torrecasar es un pueblo que, como se señala al comienzo de la novela, «está en plena Ruta de los Conquistadores» (pág. 7), pero que para Pepe no es más que «el culo del mundo» (pág. 26). La irónica referencia al glorioso pasado convertido en atracción turística define la región como una tierra de emigración llegada a menos. Para los que hace siglos zarpaban hacia el Nuevo Mundo existía todavía la esperanza de convertirse en héroes de la expansión imperial y volver como indianos ricos; para la mayoría de los emigrantes modernos, en cambio, el horizonte quedaba delimitado por las obras de construcción y las fábricas del norte industrializado, al que se iban en camionetas cargadas de «mano de obra barata, posibilidad de consumo, un pequeño aporte de capital y un gran problema de integración» (pág. 176). Hoy día, estas mismas palabras, con las que Guerra Garrido definió a una familia cacereña que partía para San Sebastián, podrían aplicarse a magrebíes

⁹ En el norte de la provincia de Cáceres, en la Sierra de Gata, se encuentran Las Hurdes, región que desde la visita de Alfonso XIII en 1922 y la posterior película *Tierra sin pan* de Buñuel representa el subdesarrollo rural por antonomasia. Una vida real de un cacereño emigrado a San Sebastián cuenta Luis de Val en el capítulo «Un mecánico en Las Hurdes» en *Con la maleta al hombro*, Madrid, Temas de hoy, 2000, págs. 19-56.

y subsaharianos: la lectura de obras como *Cacereño* muestra no sólo cuánto han envejecido estos libros estéticamente y cómo se ha transformado España en pocas décadas, sino que también revela algunas características constantes de las migraciones humanas y su acogida problemática en las zonas receptoras¹⁰.

En cierto sentido, Pepe sí puede considerarse un conquistador, aunque sólo sea un aventurero pueblerino, un obrero en busca de su modesto Eldorado pequeñoburgués, un joven rabioso de insatisfacción que no se resigna a envejecer en una aldea donde no tiene más perspectivas que venderse como jornalero, ofreciendo su fuerza de trabajo cada día en la plaza del pueblo, «en la esquina opuesta al Casino para no entorpecer la entrada y salida de los principales, o sus mandaderos, que desayunan un cafetito a precio especial por la hora» (pág. 15). En este mercado de mano de obra «[n]o se vocea como en las subastas de esclavos, es más bien una cosa delicada, similar al ofrecimiento de una prostituta callejera» (pág. 15). Pepe se rebela contra la humillación de vivir como lacayo de una casta privilegiada y provoca la ira de los poderosos al transgredir el tabú que le veda el acceso al Casino. Escucha fascinado al emigrante Pancracio¹¹,

¹⁰ Las analogías entre la emigración al País Vasco y la inmigración actual en España se muestran también en la ideología y la retórica xenófobas, como escribió el ensayista vasco Juan Aranzadi: «[...] la supresión de esa “ley de extranjería” racista que eran los Fueros permitió la libre instalación de españoles “impuros” en tierra vasca y provocó que los tradicionalistas vascos, convertidos en nacionalistas antiespañoles, estigmatizaran esa emigración como “invasión *maketa*”, causante del aumento de criminalidad, la degeneración moral y el incremento de conflictividad en la sociedad vasca. Unas quejas que vuelven a oírse un siglo después en España, pero referidas ahora a *moros*, *negros* y demás extranjeros *pobres*, y salidas de bocas de españoles cuyos parientes quizá fueron estigmatizados, hace sólo una o dos generaciones, como *maketos* en el País Vasco»; Juan Aranzadi, «“Maketos” y moros», *El País*, 2-8-2000.

¹¹ Antes de la novela, Raúl Guerra Garrido escribió el cuento «Cacereño», incluido más tarde en *Micrófono oculto* (1979): sólo comparte con la novela el título, el barrio de los cacereños donostiarras y la figura de un emigrante farolero que regresa de Alemania y alardea de la riqueza adquirida en el extranjero; cf. al respecto el breve comentario de Juan Cruz Mendizábal Ostolaza, *Lo cotidiano* y

«recién llegado de Munich con vacaciones pagadas [...] en un coche de alquiler, pero no dice nada para que lo tomen por suyo» (pág. 17), jactancia estereotipada que se repite en muchas historias de migración. La ostentación de los bienes adquiridos en el extranjero y los relatos de Pancraccio ejercen su *efecto llamada* y convencen a Pepe de que emigrar es la única salida que le queda: «Si en Alemania estaba difícil, aquí era imposible» (pág. 19). Su decisión no sorprende a nadie en este pueblo acostumbrado al éxodo paulatino: «Otro que se larga. Un fenómeno tan natural como la caída del higo maduro» (pág. 22). Sin embargo, Pepe nunca llegará a Alemania: temeroso de parecer un paleta en Madrid, se comporta precisamente como la persona inexperta que es, un campesino que todavía ignora casi todo de la vida en la gran ciudad, que ni siquiera sabe cómo se come en un restaurante¹², y que se deja desplumar por una prostituta, de modo que el dinero que le queda apenas le basta para pagar el billete hasta San Sebastián, donde decide hacer etapa y ganar lo necesario para continuar su viaje.

El protagonista de *Cacereño* se encuentra, pues, en una situación que al principio considera como provisional, pero no de la misma manera como lo haría el típico emigrante laboral que sueña con ahorrar dinero para volver a su país o su patria chica después de unos años de privaciones, sino porque Pepe cree que todavía no ha llegado a la meta de su migración. La provisionalidad inicial de la estancia en el país receptor constituye, sin duda, un obstáculo para la integración de muchos emigrantes, que piensan que el esfuerzo no vale la pena. En el caso de Pepe, se añade su resistencia terca a aceptar la necesidad misma de una integración, ya que opina que no

la situación límite: la narrativa de Raúl Guerra Garrido, Madrid, Júcar, 1993, págs. 42-43.

¹² Atraído por un letrero que anunciaba un plato económico, no conoce la diferencia entre éste y un menú a la carta, y cuando el camarero le pregunta qué botella de vino desea, contesta ingenuamente y con la arrogancia de la inseguridad que le costará caro: «¿Cómo que qué botella? Una botella de cristal, no va a ser de plástico, la llena de tinto, la trae aquí y me bebo lo que me da la gana. Se puede, ¿no?» (pág. 27).

ha cruzado ninguna frontera de Estado y, por consiguiente, se niega a reconocer la legitimidad de la especificidad lingüística y cultural de Euskadi. Sin embargo, su primera impresión de Guipúzcoa es ya la de un extranjero en su propio país, y desde su llegada se sugiere que el País Vasco podría cumplir para él el mismo papel que Alemania: «Pepe se sentía desplazado, le parecía que estaba en algún sitio tan remoto como Munich, si es que existía ese sitio» (pág. 32). Aparte de las comparaciones explícitas con Alemania, la caracterización de los vascos por parte de los personajes «maquetos», que los ven como gente seca (pág. 51), cerrada, llena de altanería ante el forastero, recuerda la de los alemanes en otras novelas sobre la emigración¹³, y el clima también hace pensar en Alemania donde, según las mencionadas novelas, no se ve casi nunca el sol, igual que en el Euskadi que describe Guerra Garrido: «Las enormes nubes grises manan continuamente rocío, lluvia, sirimiri, niebla [...]. Este ambiente tristón termina por calar en el alma del procedente de una tierra que dispone de sol a espuestas» (pág. 57). En *Cacereño*, el País Vasco se presenta, pues, con rasgos económicos, caracteriales y meteorológicos que son típicos del Norte.

Nacionalismo vasco y euskerafobia del inmigrante

La emigración, incluso dentro del mismo país, implica casi siempre cierto conflicto cultural, aunque las diferencias entre compatriotas a menudo se disimulan, mientras que se exageran cuando se trata de inmigrantes extranjeros. Pepe tiene que superar primero el contraste entre su cultura rural-agrícola de origen y la cultura urbana e industrial a la que se incorpora en el País Vasco, donde, además, se añade la dificultad de una lengua totalmente incomprensible para él. Debido al bilingüismo generalizado de los vascohablantes, el idioma no constituye una barrera total, como ocurriría en Alemania, puesto

¹³ P. ej. Rodrigo Rubio, *Equipaje de amor para la tierra* (1965), Ángel María de Lera, *Hemos perdido el sol* (1963) o Torcuato Miguel, *Los extraños peregrinos de Hamburgo* (1971) y *El cuarto Reich* (1973).

que la comunicación en castellano siempre es posible, pero sí se trata de una poderosa fuerza de exclusión, ya que la incomprensión no le permite a Pepe participar en las discusiones de los autóctonos, y éstos utilizan su idioma deliberadamente para no ser comprendidos por los *cacereños*. He aquí la característica más llamativa de la situación lingüística tal como Guerra Garrido la presenta en la novela. Normalmente, en los países receptores de inmigrantes se suele exigir que los recién llegados aprendan la lengua cuanto antes, y el dominio del idioma vernácula se considera un índice importante de la integración (y a veces *conditio sine qua non* para poder nacionalizarse); el sector más radical del nacionalismo vasco, en cambio, ha tendido, desde sus orígenes en las teorías xenófobas y racistas de Sabino Arana, a fomentar la incomunicación y el recelo entre euskaldunes y *maquetos*, considerando la comunidad étnicorracial como un lazo más fuerte que todos los demás valores identitarios y censurando como traición cualquier acercamiento a los «invasores» y agentes del «etnocidio». Curiosamente, Arana no rechazaba la lengua española, ya que escribía sus panfletos en ella, sino que se oponía a la divulgación del euskera entre los advenedizos: «[...] los catalanes quisieran que no sólo ellos, sino también todos los demás españoles establecidos en la región hablasen catalán; para nosotros sería la ruina el que los maketos residentes en nuestro territorio hablasen euskera»¹⁴, escribió en un artículo de *Bizkaitarra* (octubre de 1894), y les negó a los *maketos* toda posibilidad de integración a través del aprendizaje de la lengua: «Gran daño hacen a la Patria cien maketos que no saben euskera. Mayor es el que le hace un solo maketo que lo sepa»¹⁵. Arana incluso llegó a decir que la conservación del idioma euskera era menos importante que el hecho de que la lengua hablada por los vascos resultaba incomprensible para los odiados *maquetos*: «Si nuestros invasores aprendieran el euskera,

¹⁴ Sabino Arana, «Errores catalanistas», en *La patria de los vascos*, ed. por Antonio Elorza, San Sebastián, R & B., 1995, págs. 349-358, cito pág. 352.

¹⁵ Sabino Arana, «A un euskeriano», en *Baserritarra*, núm. 8, 20-6-1897, cit. de *La patria de los vascos*, op. cit., pág. 254.

tendríamos que abandonar éste, archivando cuidadosamente su gramática y su diccionario y dedicarnos a hablar el ruso, el noruego o cualquier otro idioma desconocido para ellos, mientras estuviésemos sujetos a su dominio»¹⁶. La incomunicación se elevaba así al rango de un deber patriótico: «Tanto están obligados los bizkainos a hablar su lengua nacional, como a no enseñársela a los maketos o españoles. No el hablar este o el otro idioma, sino la diferencia del lenguaje es el gran medio de preservarnos del contagio de los españoles y evitar el cruzamiento de las dos razas»¹⁷. Claro está que estos propósitos aberrantes no reflejaban nunca la actitud de una mayoría, ni a finales del siglo XIX, cuando fueron escritos, ni en la época novelada en *Cacereño*, pero sí muestran, en una forma extremada, que el problema del contacto de lenguas se planteaba en Euskadi de un modo distinto que en otras zonas de inmigración. Y no puede ser casual que el mayor opositor vasco de Pepe se apellide precisamente Arana.

Los personajes *maquetos* de la novela de Guerra Garrido ven en el euskera un medio de los autóctonos para marcar la distancia respecto a ellos y un instrumento al servicio de la discriminación. Con el desprecio que confiere la ignorancia, dicen del vasco lo que otros dirían del alemán: «Hasta tienen un idioma que no hay dios que lo entienda, *baibaetorrigorri*. ¡Bah!» (pág. 46). Desconfían de los vascos cuando hablan euskera en su presencia, porque temen ser víctimas de burlas o conspiraciones en su perjuicio, a veces con razón: así, por ejemplo, un capataz le da a un paisano un trabajo al que aspiraba Pepe y le explica a aquél en euskera lo que tiene que hacer, y Pepe protesta en vano: «Oye, parla en cristiano que no capisco nada. No se lo darás a ése porque lleva boina, ¿verdad?» (pág. 61). Pepe estaría dispuesto a marcharse a Alemania sin comprender la lengua, pese a las advertencias de Pancracio («no los entiende ni la madre que los parió, por el idioma y las manías»: pág. 17; «El idioma es algo de miedo, para mí es la principal pega del extranjero. Nunca vayas a

¹⁶ Sabino Arana, «Errores catalanistas», *op. cit.*, pág. 353.

¹⁷ *Ibidem*, pág. 353.

ningún país sin saber el idioma»: pág. 18), pero no esperaba encontrarse en una situación semejante dentro de España. A su llegada desconoce por completo el problema lingüístico de Euskadi, incluso se queda estupefacto ante un anuncio en que se busca a una «chica para todo hablando *euzkera* –¿hablando qué?» (pág. 34). No comprende la amenaza en la advertencia de un tabernero que le recomienda no provocar a un energúmeno porque éste ha sido *arrijasotzalle* (i. e. levantador de piedra): «Cualquiera entiende eso, lo mismo podía haber dicho que era especialista en mitosis citoplasmáticas, a Pepe le importa una higa» (pág. 107). Pretende despreciar el idioma, menos por ignorarlo que por haberse dado cuenta de que el *euskera* tiene para los vascos un fuerte valor identitario que le veda a él la pertenencia plena a su sociedad, como si ésta fuera un club reservado para miembros privilegiados: aunque con otros motivos y métodos, le impiden ser uno de ellos igual que lo hacían los socios del Casino de su pueblo. Pepe se rebela contra el sentimiento de superioridad de los autóctonos: «Ni siquiera parlan castellano los analfabetos estos y vienen presumiendo, ¿de qué?» (pág. 108). Intenta ridiculizar las para él extrañas palabras de esta lengua: «¡qué se va a esperar de una gente que a la madre le llaman macho!» (pág. 108). Sin embargo, no logra con esto más que revelar su incompetencia lingüística, ya que la palabra correcta sería *amatxo* «madrecita». Su aversión a la lengua vasca le hace jurar que nunca pronunciará una palabra en *euskera*, porque no quiere contaminarse (pág. 62), con lo que invierte el miedo vasco-nacionalista al contagio maqueto, y sigue deseando emigrar a Alemania, donde tampoco comprendería a la gente, pero cree que esto no lo molestaría tanto, pues es lo normal en el extranjero, mientras que le indigna cuando le pasa en España:

–Ya pueden torturarme o sobornarme que no soltaré una palabra de este habla asquerosa.

Lo del idioma es la única venganza que se le ocurre, se convierte para Pepe en dogma de fe y línea de conducta. Por comparación, la idea de Alemania cada vez parece más acogedora (págs. 62-63).

No me he ido a Alemania, me he quedao en España y tengo tanto derecho como el que más a hacer lo que me dé la gana, estoy en mi patria.

–Esto es el País Vasco y tienen sus costumbres.

–No es un país, es una provincia [...] (pág. 108).

Antroponimia y exclusión

Pepe se resigna a vivir como un extranjero en su propio país, pero se resiste a hablar vasco incluso cuando se enamora de la que más tarde será su mujer, Izaskun Jáuregui. Al principio llega a dudar de que le haya dicho su verdadero nombre: «Izaskun. ¿Eso es un nombre? ¿Un nombre de mujer? A lo mejor quiere decir algo en vasco. No me suena la Virgen de Izaskun, pero ya adoro ese nombre. [...] Mira que si es una palabra corriente en vez de un nombre propio, menuda metedura de pata»¹⁸ (pág. 134). Callándole a Izaskun su promesa, justifica su desinterés por el euskera alegando que el vasco no es un «idioma rentable» (pág. 144) y que él preferiría saber alemán; Izaskun, sin embargo, quisiera animarlo a aprender el euskera y objeta que lo podría hablar con ella y muchas otras personas allí donde vive, y está convencida de que, si la quiere, acabará por aprender su lengua, a más tardar con los hijos. Izaskun representa a la vasca moderna, capaz de cultivar sus señas de identidad vascas sin por ello cerrarse a todo lo español.

Los nombres propios son, a menudo, signos de extranjería. Tener un apellido «exótico» basta a veces para que una persona se encuentre con numerosos problemas al buscar vivienda y empleo. En el País Vasco, la larga historia de inmigración y mestizaje ha tenido como consecuencia no sólo el retroceso del uso del euskera, sino también una exagerada valoración de los apellidos autóctonos en detrimento

¹⁸ Según Consuelo García Gallarín, *Los nombres de pila españoles*, Madrid, Ediciones del Prado, 1996, el nombre *Izaskun* parece componerse de *itza* «junco, retama» y *-kun* «lugar», y significaría «lugar donde hay retamas». El santuario de Nuestra Señora de Izaskun se encuentra cerca de la villa guipuzcoana de Tolosa.

de los castellanos, una manía llamada «apellidismo» que, en muchos casos, se alega como única prueba de una genealogía étnicamente «pura». Si Sabino Arana se indignaba cuando leía versos en su sagrada lengua firmados por un vulgarísimo Pérez¹⁹, Unamuno, en un artículo de 1889, rechazó las pretensiones de pureza de sangre:

Es aquí frecuentísimo considerar los apellidos Gómez, Pérez, Fernández, González y demás en ez como castellanos, oponiéndolos a los vascongados. Como conozco algunos que honrosamente los llevan y que procuran borrarlos acaso por parecerles poco indígenas, voy a ver si les consuelo. Aunque no hubiera otras razones, deben considerar que pudo muy bien un -ez de allende el Ebro venir a establecerse aquí hace 8 generaciones, y emparentando siempre con vascongados de pura raza llegar hoy al mundo un descendiente suyo por línea directa siempre masculina que tenga del -ez de allende el Ebro 0,000390625 milmillonésimas y 0,99609375 milmillonésimas de todos los Iturriberrigorriogicoerrato-cocheas y Cillorrotugaztañazagoeascoas habidos y por haber aún llamándose en ez. Y es gran consuelo, porque no sé que haya un vascongado que puesta la mano en el fuego pueda jurar que no tiene 1/256 gota de allendeibérico para 255/256 indígena²⁰.

En *Cacereño*, la sociedad vasca se describe como escindida por una «absurda división» (pág. 161) en autóctonos vascohablantes con nombres y apellidos de vieja cepa (Lizarraga, Aguirregomez corta, o «Aitor Arana, vaya nombre»²¹ (pág. 126), e inmigrantes o castellanohablantes nativos del lugar cuya onomástica los condena a un papel subordinado, ya que el sufijo -ez les dificulta considerablemente la vida: por ejemplo, a un perito que «era de San Sebastián, pero se llamaba Ramón Rodríguez o Fernández, no sé, una z larga, cosa que

¹⁹ Cf. Sabino Arana, «Errores catalanistas», *op. cit.*, pág. 352.

²⁰ Miguel de Unamuno, «Con motivo de nombres y apellidos», en *Prensa de juventud*, ed. por Elías Amézaga, Madrid, Compañía Literaria, 1995, págs. 239-245, cito págs. 241-242 (he modernizado la ortografía).

²¹ Mostrándose digno de su célebre homónimo, el Arana de la novela «[t]enía fama de nacionalista y no podía tragar a los maquetos» (pág. 126).

limitaba bastante sus posibilidades en la fábrica a pesar del enchufe» (pág. 126). Sin embargo, el estigma del apellido no excluye un trato favorable, aunque sí constituye un obstáculo para el éxito: «La entrada del piso la pagaron gracias al crédito de la Caja de Ahorros, crédito excepcional, puesto que apellidándose Hernández y a los pocos meses de abierta la cartilla, no dan un duro a nadie [...]» (pág. 69). Un político con un primer apellido castellano (Pérez) y un segundo vasco (Lasaosa) se encuentra ante un dilema:

El Pérez sería un obstáculo para los votos de los ciudadanos de solera y desde luego con él no llegaría nunca a alcalde, pero no era cosa de anularlo con una P., ya que, por otra parte, quizás inspirase confianza a los ciudadanos recién llegados cuyos apellidos terminados en z: Gómez, López, etc., empezaban a inundar la guía de teléfonos (pág. 238).

El compromiso del político no está libre de paternalismo: «Culturalmente son bebés» (pág. 264), opina Pérez Lasaosa de los habitantes del barrio *maqueto*, a los que apoya al principio de su carrera, pero dimite pronto de su cargo municipal, ganado gracias a sus votos, porque se le ofrece algo más lucrativo en el sector privado. Al contrario de los inmigrantes extranjeros, que carecen de derechos democráticos y por esto no cuentan en la propaganda electoral, excepto como espectro evocado para ganar los votos de los xenófobos, los *maquetos* sí tenían cierta importancia política, aunque muy menguada por la falta de democracia en la época franquista, y también porque muchos «seguían siendo vecinos de los pueblos abandonados» (pág. 238) y, por consiguiente, no podían votar en el País Vasco. Pepe solicita uno de los pisos recién construidos por su empresa, pero no lo tienen en cuenta en la distribución. Busca en vano su nombre en la lista:

Le temblaban las piernas. Con la A, Alustiza, Aranzábal..., con la B, allí estaban, Barrenechea..., no podía ser, la J de Bajo está antes que la R de Barrenechea. Volvió hacia atrás, no había ningún Bajo. [...] Se fijó en los nombres, ni un López o García, todos vascos. ¿Sería eso otro? Su hija le llamaba *aitacho*, pero él no decía ni pío en tan

enrevesado idioma, ya se encargaban los indígenas de recordarle con frecuencia su antigua promesa (pág. 260).

Indignada, Izaskun habla con el responsable y protesta contra la discriminación, que aquél justifica: «¿Y qué quieres? ¿Que habiendo gente del pueblo sin piso se los demos a los maquetos?» (pág. 262). «Yo soy del pueblo» (pág. 262), le contesta Izaskun, y con este argumento consigue por lo menos que le prometa favorecerla en la próxima lista de espera. Pepe está cada vez más desilusionado, pues comprende que sus esfuerzos no pueden borrar el estigma onomástico: «sólo podía obtener el piso de casualidad o por mediación del apellido Jáuregui» (pág. 262).

Coreanos, comanches, cacereños: Maquetos

Maqueto es el término despectivo más frecuente en el País Vasco para designar a los inmigrantes procedentes de otras provincias españolas: según el DRAE se deriva del euskera *makito* o *maketo* que significa «tonto, majadero»²², con lo que el término pertenecería al numeroso grupo de palabras insultantes con que, en las más diversas lenguas, se expresa el desprecio por los forasteros que no dominan la lengua (*bárbaro* es, sin duda, el ejemplo más conocido). Cuando su hermano menor le pregunta a Pepe qué es un maqueto, éste se lo explica con una comparación que no sólo se ajusta a los referentes culturales del chico, sino que también alude irónicamente al carácter tribal y arcaico del segregacionismo vasco: «Para los vascos un maqueto es algo así como para los gitanos un payo» (pág. 182). La otredad y extranjería de los inmigrantes se destaca aplicándoles gentilicios de pueblos de países lejanos y costumbres desconocidas,

²² Se suele sugerir alguna relación con *magüeto*; cf. Corominas, s.v. También existe otra propuesta para la etimología de *maqueto*: según Sabino Arana, que recuperó la expresión del lenguaje de los mineros vizcaínos, éstos llamaban *makutuak* a los llegados del exterior, lo que quiere decir «los del envoltorio» y se refiere al equipaje que los migrantes llevaban consigo.

p. ej. *comanches*²³ o, bajo el influjo de la actualidad geopolítica del medio siglo, *coreanos*²⁴ o *manchurrianos*²⁵. Otra estrategia de denigración del forastero consiste en la homogeneización de los inmigrantes bajo una sola etiqueta negativa, independientemente de su origen real: llamándolos *cacereños*, se les niega su diversidad, manifestando así también el desinterés por conocerlos mejor, y se les convierte en el polo antagónico opuesto a los autóctonos, cuya diversidad, a su vez, es absorbida por la fuerza cohesiva de la mítica comunidad nacional. Al principio, Pepe ignora la acepción peyorativa de *cacereño*²⁶ y no le molesta que lo llamen así, hasta que se lo explica un compañero de trabajo:

²³ He aquí el testimonio de un inmigrante: «Laureano mira hacia atrás y asegura que los comienzos fueron muy duros. “A los extremeños e inmigrantes nos llamaban comanches o coreanos. Después, ha resultado que los hijos de aquellos que nos designaban con ese término despectivo se han casado con nuestros hijos e hijas», explica, al tiempo que se ríe de las vueltas que da la vida: «¿Ahora todos somos comanches o no lo es nadie?»»: *Diario de Noticias* (3-X-2001).

²⁴ Cf. Neira Martínez, Jesús / Pineiro, María del Rosario, *Diccionario de los Bables de Asturias*, Oviedo, Ediciones Idea, 1989: «COREANO, -NA. adj. C: coreán, -ana (L.), denominación dada por los años cincuenta a los inmigrantes procedentes principalmente del sur; surgió como consecuencia de la guerra de Corea y hoy tiene poco uso» (pág. 108, s.v.). La guerra de Corea duró de 1950 a 1953. Evidentemente, la expresión no se debe en absoluto a un uso metonímico de *coreanos* en la acepción de «cigarrillos de papel amarillento» que fumaban los inmigrantes, como fantasea Inés d’Ors en «Léxico de la emigración», en Irene Andres-Suárez (et. al), *La inmigración en la literatura española contemporánea*, Madrid, Verbum, 2002, p. 52.

²⁵ He aquí un ejemplo: «Jesús Ferrero, escritor, poeta, [...] habló en Candás de sus experiencias de niñez en el País Vasco, donde a los esteparios “nos conocían como manchurrianos”, evidenciando ese talante latente en muchos pueblos de querer estar por encima de los demás a modo de raza superior»; *El Comercio*, 3-VII-2002.

²⁶ Cf. el comentario de Raúl Guerra Garrido: «[...] eran los años sesenta, el término tenía un carácter peyorativo que una mayor concienciación política de los autóctonos ha eliminado, me gusta creer, y tengo razones objetivas para ello, que la novela ayudó a dicha concienciación»; en Ortiz-Alfau, *op. cit.*, pág. 68.

-¿De dónde eres?- le preguntaron a Pepe.

-De Torrecasar.

-¿Y eso dónde está?

-En Cáceres.

-¡Qué pregunta! Si no puede fallar, si todos somos de Cáceres, ¿o es que no lo sabes? -intervino Eleuterio.

-Tú no tienes acento de por allá.

-Como que soy de Jaén, Jaén capital [...]. Y éste de Burgos, y éste de Valladolid, y éste de Córdoba, y éste de Badajoz.

-¿Entonces?

-Pues que todos somos cacereños. En Bilbao se creen que somos coreanos, pero no, están equivocados, los de aquí, los guipuzcoanos, sí que son listos y saben de dónde somos. Todos cacereños, no falla, haz una gamberrada, verás como cien tíos te insultan al mismo tiempo, ¡cacereño!

Pepe recordó la conversación entre la patrona y el del butano, oída a través del tabique. El cacereño ese, dijeron. No había cogido el verdadero significado (pág. 45).

El menosprecio por los inmigrantes se muestra a todas luces en el grito con que unos críos se lanzan a una carrera de ciclocross: «¡Cacereño el último!» (pág. 156). Y también son muy significativas las palabras de Izaskun al defender al novio cuando su padre lo tilda de cacereño con desprecio: «No es un cacereño, es de Cáceres» (pág. 198). Ser cacereño constituye, pues, ante todo una condición social desprestigiada, y el mismo Pepe empieza a usar la palabra en este sentido, p. ej., cuando se refiere a una familia desahuciada de su mísera vivienda: «Estos sí que son requetecacereños» (pág. 139).

Los inmigrantes se sienten discriminados, creen que los vascos gozan de privilegios, p. ej. no hacen ciertos trabajos peligrosos o mal pagados (pág. 46) y los superiores los favorecen, mientras que los obreros vascos miran a los «intrusos» con los prejuicios estereotipados que encontramos en todas las situaciones semejantes: «Estos son maquetos, ¿qué querrán?», pregunta un parroquiano en un bar, y su amigo le contesta: «Como todos los maquetos, comerse nuestro pan.

Tapa la cazuela por si acaso»²⁷ (pág. 107). En toda la vida pública y privada hay una decantación significativa por grupos sociales y «étnicos», también en una fiesta de la firma en que trabaja Pepe: «jefes, mujeres, obreros vascos y cacereños. Sólo algunos elementos jóvenes coexisten mezclados» (pág. 150). Cuando se organiza un concurso de *sokatira*²⁸ se forman equipos de vascos contra el resto de las provincias, y Pepe lo aprovecha como desahogo luchando por una vez contra un opositor personalizado, mientras que los vascos lo ven como oportunidad para tomar «revancha por la invasión a que se veían sometidos, demostrando quien es quien» (pág. 151).

La discriminación cotidiana

Si la lengua vasca es un factor importante de la alienación de Pepe, otro es el estigma hereditario de su aspecto típico de hombre del sur, de estatura baja²⁹ y piel oscura³⁰. Esta diferencia aumenta aún más si Pepe se compara con los turistas extranjeros que ve en la playa de San Sebastián: «Mujeres de campeonato, eso eran algunas. Y tíos más largos que un día sin pan, a su lado los vascos eran cacereños» (pág. 116). Esta gente tan distinta le atrae, pero instintivamente se siente rechazado³¹, y cree que «aunque viviera mil años no se le quitaría el pelo de la dehesa, siempre sería un dominguero que venía a estorbar a los veraneantes» (págs. 116-117). Le separa un abismo

²⁷ Como es usual en esta novela, este diálogo está en euskera en el texto, la traducción citada se encuentra en una nota del autor a pie de página.

²⁸ Cf. el comentario del episodio en Mendizábal Ostolaza, *op. cit.*, págs. 88-90.

²⁹ «Soy enano porque me pesan tanto que no me dejan crecer, lacayo», desafía a un vasco: «Una chuleta de kilo, que os coméis aquí por deporte en una cena, es toda la carne que en mi pueblo come un fulano durante todo el año» (pág. 107).

³⁰ «Le da rabia el color de su piel. El moreno andamio de brazos y cara recorta perfectamente sobre el torso la ropa de trabajo, denunciando su procedencia» (pág. 116).

³¹ «Pero notaba que la masa de descansados pechos lisos y opulentos, vientres abultados y hundidos, piernas gordas y flacas, rostros chupados y regordetes le gritaba: ¡Fuera, no eres de los nuestros! ¡Fuera!» (pág. 116).

infranqueable de esta sociedad, y sólo en la luna de miel se permite el lujo de pasar unos días en un hotel elegante para después volver en taxi al barrio de los maquetos. Lo que Pepe más aborrece es la idea de convertirse en un lacayo sumiso: su máxima aspiración será el ascenso social, pese a su origen humilde. Desea medrar, conseguir un puesto más interesante y mejor remunerado, forjarse su propia vida, y no puede aceptar que por culpa de su origen no tenga las mismas oportunidades. Confía en la posibilidad de hacer carrera gracias a sus esfuerzos:

Es cuestión de dar con el camino y seguirlo caiga quien caiga.

–No es tan fácil siendo cacereño. Recuerda que estás en el País Vasco.

–En eso te equivocas, si no me largo a Alemania estos tíos tendrán que aceptarme por pelotas, estoy en mi patria.

–Quizá sea así. Hace veinte años, cuando yo llegué, tenías que disculparte por llamarte López en vez de Lopetegui.

–Ahora somos muchos (pág. 81).

Aparte del nacionalismo regional, el problema principal reside en la desigual distribución de la riqueza y el poder en España: existe una discrepancia entre tres regiones altamente industrializadas (Madrid, Cataluña y el País Vasco) y todo el resto del país, en particular las zonas rurales y montañosas, de donde proviene la gran mayoría de los emigrantes. Los cacereños expresan su resentimiento con los consabidos lugares comunes:

–Pues está clara, hombre, América para los americanos y Europa para los alemanes.

–Y España para los vascos– dijo Pepe.

–Con permiso de los catalanes.

–Y de los madriles, que al final se lo chupan todo (pág. 94).

No es raro en la ficción sobre la migración el tema de las parejas mixtas: la intimidad de la relación entre los amantes se presta por excelencia para reflexionar sobre la importancia o relatividad de las diferencias culturales y lingüísticas y al mismo tiempo sirve como

piedra de toque para evaluar el nivel de la tolerancia de las comunidades en contacto. En *Cacereño*, Pepe se enamora de Izaskun sin saber nada de ella, y no le molesta en absoluto que sea vasca, aunque prevé problemas de aceptación por parte de su familia. Los compañeros inmigrantes de Pepe reaccionan con escepticismo ante su relación con la vasca³² y las amigas de Izaskun tampoco la animan mucho³³. La familia de Izaskun rechaza al pretendiente con violencia (los hermanos de Izaskun le pegan una paliza), porque «si entra uno, entran todos los cacereños» (pág. 173), y Pepe sólo logra el consentimiento a la boda aplicando «una costumbre muy frecuente en toda tierra de garbanzos» (pág. 177), estratagema que consiste en dejar a la muchacha embarazada. Describiendo la situación muy específica de Euskadi en un determinado momento histórico, Raúl Guerra Garrido revela también aquí unos mecanismos quizás universales de la xenofobia: los argumentos de la familia autóctona para legitimar el rechazo del marido inmigrado, sobre todo si es pobre, alegando razones étnicas, culturales y económicas, no se distinguirían mucho si el pretendiente fuera, p. ej., un marroquí o un senegalés en la España de hoy. Ya lo escribió Sabino Arana: «Los *maketos*. Estos son nuestros moros»³⁴. Y Unamuno, quien exigía suprimir por completo «ese odioso nombre de *maquetos*, nombre teñido de injusticia y de sinrazón»³⁵, lo definió como un sinónimo de *meteco*, es decir, forastero o advenedizo, pues como tales se

³² «[...] te advierto que estas mezclas no suelen cuajar. Ni por lo formal, ni por lo cachondo» (pág. 153).

³³ «Las experiencias de matrimonios mixtos no son numerosas, pero suficientes para ver que no prosperan. Además siempre es al revés, la forastera es ella» (pág. 155); «Te hará una desgraciada» (pág. 156).

³⁴ Sabino Arana, «Nuestros moros», en *La patria de los vascos*, *op. cit.*, págs. 155-156, cito pág. 155. El artículo se publicó por primera vez en *Bizkaitarra*, 4, 17-12-1893.

³⁵ Miguel de Unamuno, «Discurso en los juegos florales celebrados en Bilbao el día 26 de agosto de 1901», en *Obras completas*, tomo VI: *La raza y la lengua*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1958, págs. 326-343, cito pág. 337.

sentían tratados los inmigrantes castellanohablantes en Euskadi³⁶. Guardando las diferencias, la experiencia del cacereño Pepe en San Sebastián es la de cualquier *meteco*, como diría también Juan Goytisolo, en un país europeo, y muchos migrantes en otros continentes viven una discriminación semejante.

En el trabajo, el conflicto entre Pepe y los vascos se exagera cuando aquél se opone a una huelga porque la considera injustificada y perniciosa para sus intereses, ya que la situación de los *maquetos* no les permite correr el riesgo del despido³⁷. Los vascos le reprochan su cobardía³⁸ o intentan negar las diferencias entre ellos en el nombre de la solidaridad³⁹, pero Pepe no cree en la magnanimidad, y algunos comentarios le dan la razón: «¿Qué vasco ayudará a un cacereño sin empleo? –insiste Pepe./ –Tranquilo, ya te pagaremos el billete de regreso al pueblo» (pág. 165). Desde entonces lo apodan «el cacereño de la huelga» (pág. 235), y sus superiores lo eligen como nuevo encargado de Forja⁴⁰, sustituyendo al nacionalista Aitor Arana por alguien que consideran más manejable. Así Pepe se ve de repente confrontado con la difícil tarea de mantener la autoridad sin privilegiar ni discriminar a nadie:

Los autóctonos esperaban que se vengara de ellos endosándoles todos los muertos, pero dispuestos a hacerle difícil su mandato. Los pocos emigrantes de forja, los cuales no se habían atrevido nunca a decir esta

³⁶ Cf. Miguel de Unamuno, «¡Pobres metecos!», en: *Obras completas*, tomo V: *De esto y de aquello*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1958, págs. 54-56, cito pág. 56.

³⁷ En Alemania existían resentimientos semejantes de los obreros autóctonos contra los inmigrantes porque los consideraban como potenciales esquirolas: el tema de una huelga inminente y las diversas actitudes de los españoles aparecen también en *Hemos perdido el sol* de Ángel María de Lera.

³⁸ «Tienes sangre de esclavo, cagueta, no te atreves a luchar por tus derechos» (pág. 165).

³⁹ «Aquí no hay cacereños ni historias, aquí todos somos obreros» (pág. 165).

⁴⁰ Esta posición, que ocupa al final de *Cacereño*, es sólo el comienzo de la carrera de Pepe, quien, una veintena de años después, vuelve a aparecer en *La carta*, como uno de los tres subdirectores de la Factoría Número Dos de Lizarraga en Eibain; cf. el comentario de Mendizábal Ostolaza, *op. cit.*, pp. 48-50.

boca es mía, esperaban que hubiera llegado la hora de la revancha (pág. 239).

Un desenlace esperanzador

Muchas migraciones son proyectos colectivos, que empiezan por un acto individual que provoca una reacción en cadena. Así, sin habérselo propuesto cuando abandonó el pueblo, Pepe prepara el terreno para el éxodo de toda su familia. Como la situación en Torrecasar se agrava, Pepe hace venir a sus padres y hermanos a San Sebastián, creando de un golpe a «ocho cacereños más» (pág. 180). El chófer que los lleva en la camioneta cree haber descubierto el negocio de su vida transportando emigrantes al País Vasco. Al despedirlo, los cacereños «rompieron el cordón umbilical que les unía a su tierra, si la aventura donostiarra salía mal, Torrecasar sería el peor sitio del mundo para refugiarse» (pág. 183). Pronto encuentran trabajo en los típicos oficios de inmigrantes: la hermana Marta como criada en un caserón de la alta burguesía, «ganando a la hora lo que en una jornada completa en la recolección de higos» (pág. 185), y el padre como carpintero ocasional. Aunque él sienta nostalgia por el pueblo abandonado, su mujer dice que no volverá nunca: «Esta es nuestra tierra prometida, podemos trabajar y ganar» (pág. 187). Sólo el hermano Agatángelo, menos listo y emprendedor que Pepe, fracasa en todos sus intentos de integración a la vida laboral del País Vasco, hasta que no aguanta más y se marcha al extranjero, llevando a cabo el proyecto truncado de su hermano, quien ya no piensa en marcharse: «ésta es nuestra Alemania» (pág. 236).

Contra la ideología determinista del arraigo de los autóctonos sedentarios en la tierra natal, Pepe opone su credo migrante del hombre que se forja su propia identidad: «Se nace en cualquier sitio, de casualidad, sin embargo el sitio donde se trabaja y donde nacen

los hijos se elige y hay que luchar para conseguirlo» (pág. 245)⁴¹. El desenlace de la novela se inicia con un viaje significativo de Pepe a su pueblo cacereño: «Se repetían las escenas al revés, como cuando dan marcha atrás a una película» (pág. 269). Aprovechando como pretexto el reparto de una herencia, Pepe vuelve a la aldea «en plan de turista» (pág. 269), por la necesidad de «[e]ncontrarse solo en su tierra y ver qué le pasa por dentro» (pág. 270). Se trata de un regreso al pasado para expurgarse de los últimos residuos de apego a su origen: Pepe nunca ha tenido mucha nostalgia por el pueblo, pero tampoco se siente bien en Guipúzcoa; sin embargo, está satisfecho de haber conseguido una situación que no habría podido alcanzar en el pueblo. El reencuentro con éste repite, con otro protagonista, la escena del retorno del emigrante de Alemania que, en las páginas iniciales de la novela, desencadenó la emigración de Pepe. El resultado no podría ser más decepcionante: lo celebran como la atracción del día, y él mismo se sorprende de las cosas que les cuenta, transformando «al País Vasco en el País de las Maravillas», pero la realidad del pueblo resulta deprimente:

A Pepe le dieron escalofríos al ver a sus paisanos, las mismas viseras, las mismas zamarras, los mismos surcos en el rostro, estaban igual, parecía que los había saludado ayer mismo por última vez (pág. 270).

Las mismas fachadas de cal mustias, las mismas viejas de luto en los porches, la misma resignación en los rostros, las mismas magníficas espigas de trigo, los mismos baches en la carretera, las mismas letras fatídicas de SE VENDE ESTA CASA. Nada había cambiado. Ni siquiera los parados tenían más desesperación, no, tenían la misma. Se saturaban sin explotar (pág. 271).

⁴¹ Con esta actitud, Pepe se parece mucho a su autor: «Si, según Nietzsche, se es de donde se crea, no de donde se es creado, entonces, yo soy donostiarra. Pero si la patria es la infancia, como dice Jung, soy madrileño. La verdad es que me gusta ser de tres sitios y me suelo sentir cómodo en muchos otros, me siento confortablemente forastero en casi todos los sitios que conozco quizá porque me horroriza la obsesión de buscar las raíces y lo que me preocupa son los frutos», Ángel Ortiz-Alfau, *op. cit.*, pág. 46.

Sus paisanos le parecen lacayos, carne de esclavo, y siente «una mezcla de pena y desprecio hacia los corros de la plaza, corros de hombres pobres de espíritu en espera del maná de un trabajo para el día de hoy y nada más» (pág. 273). Nada le une ya a sus parientes: «No viviría aquí ni por todo el oro del mundo» (pág. 273). Tras la ruptura con la patria chica, regresa a San Sebastián y puede, por fin, aceptar su nueva vida con todas sus consecuencias, inclusive el idioma materno de su mujer y su hija. En la estación, al ver a su hija pequeña que lo llama en vasco «¡Aitachito!» (nótese la forma híbrida, con sufijo diminutivo castellano), Pepe pronuncia sus primeras palabras en euskera: «Etorri. Etorri onea, nexka polita» (traducción en nota a pie de página: «Aquí. Ven aquí, niña bonita», pág. 275). Es como una erupción liberadora: «La frase, como un torrente, con una fuerza espontánea que la voluntad no pudo atajar, le salió del fondo del alma» (pág. 275). Al sentirse excluido por la comunidad vasca, Pepe buscaba el respeto y la igualdad de posibilidades cerrándose al mismo tiempo contra algo muy importante de esta sociedad, su lengua, y esto pese a haberse casado con una Jáuregui. Así, él mismo, con su obstinada euskerafobia, constituía un obstáculo –no el único, por cierto– que le impedía conseguir lo que buscaba, y el afecto por su hija (la segunda generación mestiza) le hace vencer la aversión e incumplir la promesa paralizadora. Este desenlace «es el canto a la fusión étnica, a la compenetración representada aquí por Pepe e Izaskun»⁴², como escribió con acierto Mendizábal Ostolaza.

Según Ignacio Soldevila, el mundo literario de Raúl Guerra Garrido «transpira, a pesar de su constante y malintencionada sátira de la mediocridad, el conformismo y el ramplón materialismo dominantes en la sociedad española de los sesenta y setenta, un fundamental optimismo»⁴³. En los últimos años, este optimismo se ha convertido

⁴² Juan Cruz Mendizábal Ostolaza, *op. cit.*, pág. 43.

⁴³ Ignacio Soldevila Durante, *La novela desde 1936*, Madrid, Alhambra, 1980, pág. 384.

en pesimismo con la exacerbación del terrorismo de ETA⁴⁴, pero *Cacereño* todavía confirma la regla: con el final feliz el autor parece querer propagar la viabilidad de su propuesta para la convivencia pacífica en el País Vasco. En *Cacereño*, la resistencia del inmigrante a integrarse en la sociedad receptora no se debe a su arraigo en costumbres entrañables que no quiere abandonar para no perder su identidad, sino a una reacción excesiva ante los problemas inesperados que encuentra en el País Vasco, entre ellos la relativa hostilidad que percibe o cree percibir en la manera en que una parte de los vascos lo tratan. Escarmentado por algunas experiencias negativas, Pepe tiende a interpretar cualquier contratiempo como una discriminación deliberada, y no se pregunta cuánto su propia actitud, en particular su rechazo del idioma, contribuye a aumentar sus dificultades de hacerse respetar por los vascos. Raúl Guerra Garrido se muestra en su novela tan crítico con cierto nacionalismo vasco como con la euskerafobia de muchos castellanohablantes. Ya lo dice en el epígrafe bilingüe de *Cacereño*:

–Danak gera anaiak, baño beoiek izan ditezela eratuko diranak.

–Todos somos hermanos, pero que sean ellos los que se adapten (pág. 5).

Sería un error comprender la frase castellana como nada más que la traducción de la vasca: al contrario, se trata de dos enunciados

⁴⁴ En *Cacereño*, ETA sólo se menciona una vez: «En la fachada de la carretera habían vuelto a aparecer las siglas de la ETA con los colores nacionalistas rojo y verde. Era una postura absurda por parte de los nacionalistas, pues él, Lizarraga, era tan vasco como el primero, es más, pensaba y actuaba en vascuence incluso en los negocios, tanto es así que en el momento de hablar castellano tenía que traducir mentalmente igual que cuando hablaba en francés. Una cosa es el trabajo y otra la política» (pág. 232). En *Lectura insólita de El Capital*, Lizarraga será secuestrado por terroristas, y el mismo Pepe, en *La carta*, tiene un encuentro desagradable con unos encapuchados armados de metralletas que lo obligan a «prestarles» su coche; lo dejan amarrado a un pino durante unas horas, después le devuelven el coche y le pagan 5000 pesetas de «alquiler».

semánticamente equivalentes que, aunque signifiquen lo mismo, se enfrentan uno a otro impidiendo la pretendida hermandad, dado que corresponden a una actitud frecuente en estas dos comunidades lingüístico-culturales diferentes, cuyo acercamiento y comprensión mutua se ven dificultados por la negación de ambas a hacer las concesiones necesarias para que ningún grupo se sienta perjudicado o discriminado. El desenlace de la novela funciona como una especie de moraleja opuesta al epígrafe irónico, pues propone como solución la adaptación mutua y, como consecuencia, el mestizaje cultural y el bilingüismo, en vez de la subordinación de un grupo a la hegemonía del otro.

Marco KUNZ
Universidad de Bamberg